

CARTA A JUAN GARCÍA PONCE

Inés Arredondo

Montevideo, a 6 de diciembre de 1963

Queridos Meche y Juan:

¿Siguen bien, felices y hermosos? Me alegro. Aquí llegó el verano, la única estación verdadera, digan lo que digan: las otras, las llamadas espirituales, vienen tan mojadas que le reblandecen a uno todo, empezando por los sesos. Ahora hay necesidad de desnudarse, todo huele, se ve, y zumban las moscas: como debe de ser.

Juan, "Imagen primera", el cuento, me entusiasmó. Ya te lo imaginabas, supongo, y te lo imaginabas, supongo también, malignamente. Pues sí, tienes razón: si es un cuento endemoniado, cuya trampa es "la revelación y aceptación del mal" (como dice la contraportada), yo caí en él como un condenado, porque el mal no lo sentí. Una cosa es saberlo pre-juiciosamente, y otra que se le revele y uno lo acepte. A mí esas cosas no me sucedieron, y es, o porque tú eres muchísimo más retorcido de lo que tus comentaristas sospechan (espera, retorcido no es la palabra, tan vez haya alguna en la teología, que yo desconozco, para denominarte, como un sapientísimo tentador, un serio y *activo* especialista del mal) o porque mi alma está tan corrompida por la pureza que ya no tiene olfato. En Thomas Mann uno tiene la defensa de que la decadencia al menos, cuando no un pecado más palpable, lo pone en guardia y lo inquieta: uno comprende, pero no acepta. En cambio, en tu cuento todo es transparente y fresco como el agua, y eso es terrible, porque el lector ayuda, empuja, a los hermanos al incesto, no ve en ellos más que el amor, la realización, ¡al fin!, de un amor perfecto. Porque lo que a ellos les pasa les sucede a todos los verdaderos amantes (ustedes), que cierran su mundo y lo hacen intocable, consiguen la intimidad, y llamo intimidad a la desnudez total y al ámbito que esa desnudez crea, y la defiende. Bueno, para qué lo explico si ustedes lo saben mejor que yo. Y se tiene la sensación de que con ello no contravienen ninguna ley divina ni humana, sino que cumplen el anhelo de la perfección, simplemente y con grandeza. La escena de amor no es "a lo bestia", como habías anunciado en tu primera carta, sino todo lo contrario. No, lo monstruoso o enfermizo no lo sentí ni un solo momento, ningún aire sofocado, nada sospechoso. Únicamente el final me pareció terrible. ¿Por qué condenados a desaparecer sin dejar huella, rastro, recuerdo? Lo primero que percibí fue la injusticia, y después sí, el misterio, el dolor de esa injusticia, la seguridad de que la perfección es efímera. Pero por ello mismo seguimos aspirando a ella, al supremo equilibrio de un instante. Y bien, creo que vale la pena. ¿Estoy endemoniada?

Ya sé que estoy escribiendo muy mal, que no me expreso, pero en medio del párrafo anterior tuve que darles el té a los niños, y siguen por aquí gritando y estorbando, estoy con un ojo al gato y otro al garabato, pero espero que ustedes que son buenos entendedores descifren mis muchas palabras.

Mando eso: un cuento y una noticia (sobre mí). Me interesa que me digan algo sobre el cuento (lo mando sin corregir siquiera los errores de máquina, confiada a la bondad de ustedes para que al irlo leyendo lo corrijan, porque yo, de veras, si espero a tener tiempo se termina el año sin mandarlo), en cuanto a "La extranjera", quise intentar una forma diferente de contar porque la mía propia me fastidia. Es una aspiración a la frivolidad, seguramente degradante, pero me refresca. Lo único que pido es que me digan si es absolutamente impublicable, porque sigo sin tener las páginas necesarias para el libro (¡ay! qué Penélope me sentí aunque me revienta esa señora). Bueno, sigo pidiendo favores: "Olga", una vez leído, corregido, criticado, si

creen que está pasable, quiero que se lo manden a Sergio Galindo para su revista. Nunca he publicado más que en revistas de pueblo, en la Mex. De Lit. y en la de la unam, y quisiera probar fortuna en otras partes. A Sergio le pienso escribir a la Universidad Veracruzana y decirle que no se lo mandé directamente porque como no sé su dirección exacta temí que se perdiera, aunque la verdad sea que quería que ustedes lo leyeran antes de aventurarme en el proceloso mar de la publicación.

Tomás ya les contará que por fin tiene amigos, víctimas (léase conversos), y empieza a respirar. También llegó Bergamín y ya lo saludamos, aunque apenas podremos invitarlo la semana entrante porque está de compromisos hasta las narices. Así que, como ven, con el verano todo surge sobre la tierra. Hace un día tan maravilloso que me da rabia tener que escribirles en lugar de que estuviéramos sentados en esta preciosa terraza tomando un refresco o hasta un whisky, hablando. Los niños chorreando agua de mar, estorbarían mucho menos. Siempre recordamos a Merceditas y la situamos perfectamente aquí con su bikini.

El recorte que mando les va a parecer absurdo, pero lo tienen que leer hasta el final para saber de qué se trata. Me dio gusto cuando lo encontré y también cuando vi en un noticiero francés un cuadro de Alberto en la Bienal de París.

Escribanme pronto sobre el cuento, estoy impaciente.

¿Fue Leñero el que ganó el premio Biblioteca Breve? Aquí publicaron la noticia diciendo "el mexicano Leñero", pero espero que se trate de él, y si es así, que le des un abrazo de mi parte, Juan, cuando lo veas en el Centro de Escritores. ¿Qué es de José de la Colina? Me preocupa, porque como la revolución cubana sigue adelante sospecho que lo fusilaron.

No puedo más con toda la plebe encima de mí. Saludos, besos a los niños, abrazos, muchos, y le comparten a Consuelo.

PD No tengo dirección porque el día 15 nos tenemos que ir de esta casa y todavía no sabemos a dónde, así que les pido me escriban a casa de mi única amiga: Marina Lacoste – Bolivia 1526 – Carrasco. Ciao.

PD Vinieron ayer los Roma, Ángel Roma, crítico, y su mujer, Ida Vitale, poetisa. Cultísimos y sociales imposibles. Tan simpáticos que hoy tengo el alma dolorida. Sentí que cuanto más hablábamos menos nos entendíamos, que todo no parecía sino era, una tontería todo.
Vale.

Publicada en *La Jornada Semanal*, núm. 548, 4/IX/2005.